

NOTA EDITORIAL

La pretensión del terrorismo es que una sociedad y un Gobierno lleguen a considerar que evitar más asesinatos es una razón válida para alterar el sistema político vigente o las políticas desarrolladas en su seno. Ante esa amenaza, lo habitual es que la sociedad sea alentada y sostenida por el Gobierno, que éste encabece y ejemplifique la resistencia, que sustente los principios que fundamentan la libertad política y que advierta sobre los trágicos efectos de su abandono. Tristemente, lo que el Gobierno español avala actualmente contra la historia ejemplar de la inmensa mayoría social de España es una negociación sobre el alcance y la vigencia del Estado de Derecho invocando exactamente la razón que ETA ha tratado de hacer valer siempre: que no haya más muertos; desalienta a quienes se resisten a esa cesión, y se afana en extender el desistimiento y la renuncia, que exhibe como virtudes.

Es pueril pensar que el fortalecimiento de ETA dará por resultado una banda más fuerte pero menos terrorista. Dejar de matar es algo que sólo se puede hacer después de haber matado. La negociación constituye un evidente incentivo para la violencia política. Si se consuma, las víctimas de ETA no sólo serán víctimas *del* terrorismo sino también víctimas *para* el terrorismo, vidas consumidas para hacer posible que finalmente un Gobierno asuma que es necesario hacer lo que ETA pide para que no haya más muertos. Su muerte, es cierto, es irreversible; pero el sentido de su vida y de su sacrificio aún está por decidir. De todos depende que ETA pueda o no acerar con ellas la hoja de su hacha, asignarles definitivamente un lugar en la historia de su triunfo, apropiarse de su vida y también de su muerte. Pues ésa es la más profunda perversión moral del terrorismo: hacer de lo excelso el instrumento de lo infame.

El Gobierno pide confianza y crédito, optimismo y convicción. Solicita un respaldo tan intenso como su convencimiento en el éxito de la empresa, tan crecido como su seguridad en la existencia de sólidos fundamentos para abordar una transacción con ETA que ha de conducir a la desaparición de la violencia sin precio político alguno. Pero el problema no es el precio que paga sino lo que ha puesto a la venta. Afirma que solicita colaboración, pero lo que pide es complicidad.

Y lo hace contra toda prudencia, porque es cierto que el Gobierno carece de razones, pero no de antecedentes: este Gobierno ya tiene historia, ya tiene palmarés. Su política sobre ETA está hecha de la misma materia intelectual con la que se han elaborado las políticas impulsadas desde 2004: la fe de Zapatero, sin más explicación ni argumento. La misma fe con la que creyó posible reconducir la lamentable negociación sobre el presupuesto comunitario; la que le hizo dar por hecha la victoria del candidato demócrata en las elecciones norteamericanas y del socialdemócrata en las alemanas; la que le llevó a pensar que Ibarreche retiraría su plan, que la regularización de inmigrantes terminaría con la inmigración ilegal, que Evo Morales respetaría los derechos de las empresas españolas y que Fidel Castro llevaría la democracia a Cuba, entre otras corazonadas destacadas. Ahora, se trata de tener fe en que lloverá más, en que la buena poesía puede mover el mundo y en que ETA se va a rendir incondicionalmente y sin que el sistema político español sea alterado en nada, en que se cumple la ley cuando se pide a la Justicia que no la aplique y en que Arnaldo Otegi va a darnos la sorpresa de nuestra vida y a demostrar que su única preocupación es nuestro bienestar.

El Presidente del Gobierno ha afirmado que «la fe no se legisla», pero eso es exactamente lo que él solicita: apoyo para que su fe sea nuestra ley.

Después de una sucesión de actos de fe que invariablemente han terminado en fracaso y que han sustituido lo firme por lo inconsistente, que han arruinado la posición exterior y la cohesión interna de España, es de una irresponsabilidad extraordinaria hacer depender la seguridad y la vida de los españoles de algo tan espumoso, tan volátil e inescrutable como la fe del Presidente en sus empresas políticas. La perseverancia redime a los humildes, pero condena a los soberbios.

Y soberbia es despreciar las advertencias del Consejo de Estado sobre las reformas constitucionales, como lo es pretender que mediante éstas se concluye *realmente* la Transición y se estabiliza *definitivamente* el sistema político español, por asemejarlo a la fisonomía mitificada de la Segunda República (Enrique Álvarez-Conde, *Reforma constitucional y reformas estatutarias*; Pedro González-Trevijano, *La reforma como defensa de la propia Constitución*; Manuel Ramírez, *Cara y cruz de la Segunda República*). Realmente se impulsa la ruptura del principio de separación de poderes y del Estado de Derecho (Enrique Arnaldo Alcubilla, *El poder judicial a la luz de las nuevas reformas estatutarias*) y una complaciente aproximación al nacionalismo contraciudadano y a su versión latinoamericana, el indigenismo (Carlos Alberto Montaner, *El indigenismo y la libertad*).

España ha de encarar con gran urgencia problemas cruciales, pero el Gobierno no construye políticas ni argumentos, sino que exhala volutas o declama discursos insustanciales que no evitan que la Europa de 2006 sea ya para nuestro país un territorio desconocido, y que la Unión Europea tenga al Gobierno de España por un peligro para la continuidad de la política de integración por su sabotaje al Derecho comunitario con motivo del caso E.On; un espacio de otros al que ya apenas nos asomamos por miedo a ser reprendidos o porque no tenemos nada que decir (José María de Areilza Carvajal, *España en la Unión Europea de 2006*). España describe una trayectoria que diverge de la realidad, porque ésta incomoda al Gobierno, desmintiendo sus actos de fe a cada paso. Sin política europea ni internacional, con una relación económica deficitaria y en progresiva degeneración (José Luis Feito, *Reflexiones sobre el déficit exterior*), el mundo es para España un lugar cada vez más incomprensible y hostil (Rafael L. Bardají, *El mundo en el 2025. Un escenario de futuro*). En él, infaliblemente, el Gobierno elige siempre la peor opción, fruto de su desconocimiento sobre el islam (Serafín Fanjul, *El islam y el segundo sexo*; Mira Milosevich, *Islam europeo: entre la integración y la radicalización*) y sobre Norteamérica, sobre Europa y sobre Oriente Medio, sobre la economía y sobre la defensa, la seguridad y el terrorismo, que, al parecer, para el PSOE, si tiene lugar en Irak sólo es una actividad simbólica, lo que es como decir que los iraquíes asesinados no han muerto de verdad, sólo en la televisión, meros apuntes en la contabilidad electoral socialista (Yonah Alexander, *Respuestas al terrorismo. Algunas reflexiones políticas y legales*).

En el número 11 de *Cuadernos de Pensamiento Político* se reseñan los siguientes libros: *Benedicto XVI, Una mirada cercana*, de Peter Seewald, por José Francisco Serrano; *Vécinos alejados*, de Ignacio Cembrero, por Pedro Fernández Barbadillo; *Los musulmanes en Europa*, de José Morales, por Rocío Colomer Flores; *Yo acuso. Defensa de la emancipación de las mujeres musulmanas*, de Ayaan Hirsi Ali, por Carmen Iglesias Caunedo; *Fidel. El tirano favorito de Hollywood*, de Humberto Fontova, por Moisés Rubias Barrera y *Cuentos chinos. El engaño de Washington, la mentira populista y la esperanza de América Latina*, de Andrés Oppenheimer, por Ricardo González González.